

Las Lecciones de la Historia

Por RAQUEL CORREA

UN maestro, un investigador, un hombre que se apasiona con la historia del hombre y que no puede soportar hablar de su propia historia. "El más respetado historiador latinoamericano de las últimas décadas", según lo describe la "Hispanic American Historical Review".

Si bien se niega a hablar de sí mismo (69 años, casado, una hija), este sabio Premio Nacional de Historia resulta casi más reticente aún para referirse a la actual situación del país. Entonces sus gestos, sus risas y sus silencios hablan por él. El preferiría —como buen historiador— referirse sólo al pasado, destacar la figura espiritual que más admira —"el padre Juan Salas Infante, muerto en 1944, que era realmente un hombre evangélico"— y hasta me tiene preparado un tarjetón manuscrito acerca del papel de la aristocracia en el siglo pasado para concluir que, en los años recientes "la sensación de seguridad llevó a las juventudes de derecha a abrazar, como justificación científica, el neoliberalismo económico de Chicago, dejando de mano el liberalismo político y anatemizando, como socializantes y estatistas las políticas que, desde 1920 a 1970 habían evitado, precisamente, una revolución o —al menos— unas revueltas sociales en Chile, lo que olvidaron totalmente".

Pese a todas sus resistencias, si uno lo escucha —o lee— con atención, descubre sus juicios del hoy y las lecciones que entrega la historia.

Los gobiernos militares

—Cuando venía para su casa, leí los titulares de los diarios que se veían desde lejos. Uno decía "Asesino sádico anda suelto"; otro, "Horroroso crimen de descuartizada", y, un tercero, "Joven y morena era mujer descuartizada"... ¿Qué está pasando en Chile, profesor, que esas son las principales noticias de los diarios?

—Los crímenes entran en la categoría de sucesos extraordinarios que interesan al pueblo. Lo novedoso es que todos los titulares fueran policiales; se debe a que no hay política.

—¿Y es bueno para un país que no se difundan noticias políticas?

—No. Por supuesto que no.

—Abusando de su celebrado poder de síntesis, dígame, ¿por qué en Chile pasó lo que pasó?

—¿Usted cree que se puede...? Bueno —y piensa largamente, con la mano apretándose la frente, como un mago concentrado que va a decir la buena ventura—. En toda Hispanoamérica, el fenómeno de los gobiernos militares es algo de ordinaria ocurrencia debido a que los polos dominantes del poder en América española han sido, fundamentalmente, la aristocracia y el Ejército, después de la ruptura de la monarquía hispánica. Chile fue una excepción debido, justamente, a que Portales alejó el caudillismo militar e instauró un gobierno apoyado en la aristocracia. Pero decaída esta, en el siglo veinte, y presionando por el poder las clases medias y los partidos revolucionarios proletarios, el Ejército —y recordemos aquí a su caudillo máximo, Ibáñez— cumple un papel en cierto modo arbitrario: favorece, en 1924 y siguientes, las aspiraciones de la clase media, a la vez que contiene a los partidos revolucionarios. Ese mismo rol pudieron tener las Fuerzas Armadas en 1973, pero la alianza con los economistas de Chicago transformó internamente su fisonomía.

Habla lento, construyendo cada oración y corrigiéndolas al momento, vigilando que las tome —una por una— como si estuviera dictando una clase. Cuando termina la primera respuesta me pide que se la lea, prometiéndome que no lo volverá a hacer con el resto. Al final... disculpándose mucho —"soy un viejo maniático, perdóneme"— me pidió que se las leyera todas. Y, aunque habían ido surgiendo improvisadamente, se anticipaba —de memoria— a recitar el texto.

Democracia caudillesca

Su aspecto primero, algo huraño,

se va desvaneciendo. A medida que entra en confianza, queda al descubierto un hombre inteligente, con sentido de humor e, incluso, sensitivo.

—¿A qué se deberá que la democracia en América latina no parece funcionar? ¿Por razones económicas, culturales...?

—Antes, quisiera que me preguntara cuál es mi postura.

—Según mis informaciones, usted es corporativista...

—Ya no. Déjeme explicarle...

Todo gobierno tiene que fundarse en un principio de legitimidad dentro del cual esté contenido el consentimiento popular. Monarquía, aristocracia o democracia, cuando son sentidos como legítimos, incluyen esa aceptación expresa o tácita, en distintas formas, según los países y las épocas. En América española, el dogma jurídico natural, después de 1810, es la democracia y, por tanto, yo lo profeso. Pero lo esencial es que la mayoría no impida la libertad de las minorías y de los individuos excepcionales, que la democracia no sea tiránica como la que en Atenas condenó a Sócrates. Eso quería decir... Ahora, repítame la pregunta.

Se la repito y responde:

—Yo creo que, en cierto modo, la democracia ha funcionado en América, pero ese consentimiento popular no puede expresarse al modo europeo. Acá se da una forma de democracia caudillesca, plebiscitaria, que es uno de los tipos de dominación aristocrática que define Max Weber. Ahora, si usted se refiere a democracias más similares a la europea, en el siglo 19 y, hasta cierto punto, entre 1932 y 1970 Chile fue un ejemplo de una democracia civilista.

—¿Por qué sólo hasta 1970?

—Entre 1970 y 1973 hay lucha política; existe democracia en el país, pero el gobierno sólo la acepta tácticamente.

La política del siglo

—¿Cómo calificaría usted el período que está viviendo Chile?

—Eso prefiero no contestarlo... Yo soy historiador.

—Entonces, ¿cómo cree usted que va a pasar a la historia este período?

—Vaya... esa es la misma pregunta. No se la voy a contestar.

—¿Le estoy pidiendo un juicio histórico, profesor. ¿Cómo cree que la historia recogerá el gobierno de Pinochet?

—...Depende de los años futuros. Este aperiodo todavía no ha terminado, ¿verdad?

—¿Con qué personaje histórico —nacional o universal— puede compararse la figura del general Pinochet?

—...No le encuentro. Prefiero que me pregunte cuál es el personaje más significativo de la historia política chilena en este siglo.

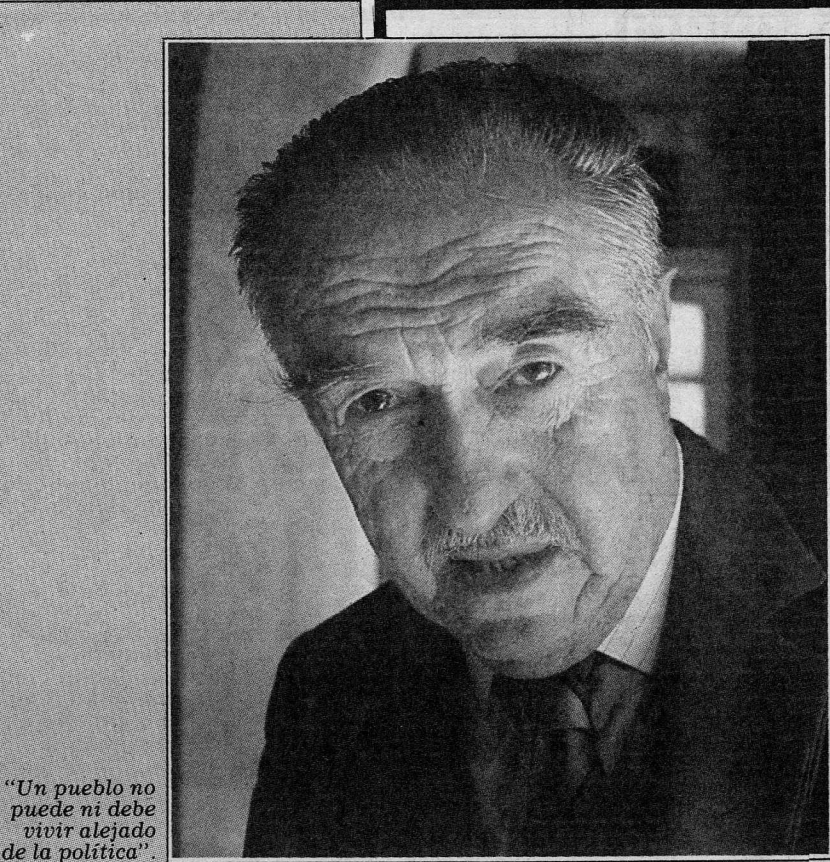
—¿Y cuál es?

—Yo diría que Arturo Alessandri Palma, sin que eso signifique un juicio moral sobre él —al final se cargó con la terrible responsabilidad del 5 de septiembre de 1938—, sino un juicio puramente histórico. El simboliza el final del liberalismo aristocrático y la entrada violenta de nuevos protagonistas del siglo que serán más puramente democráticos. Por otro lado —continúa, disfrutando su disertación— inauguró, desde 1932, un período de equilibrio entre presidentes de la República y partidos de derecha y de centro que logró durar cuarenta años. En este sentido, es el personaje más simbolizador de las grandes etapas de la historia política del siglo. Tras el demagogo, había un estadista.

Al final de la entrevista volvería atrás para contestar, hábilmente, la pregunta rechazada acerca de con qué figura histórica comparaba al General Pinochet.

Rol del Estado

—¿Usted diría que este es un gobierno portaliano?



"Un pueblo no puede ni debe vivir alejado de la política".



"...Hay un deterioro en la conciencia cívica del chileno y una pérdida de la conciencia política".

—No. Yo diría que no. Portales eliminó al Ejército de las determinaciones políticas decisivas. La guerra contra la Confederación Perú-Boliviana fue producto de su personal plan de hacer de Chile el primer país del Pacífico. Como lo expresó al confiar el mando a Blanco Encalada, la motivación de la guerra no vino de círculos militares y, al contrario, produjo la sublevación militar de Vidaurre.

—En cuanto a los principios que inspiran a este gobierno...

—La Declaración de Principios tiene una inspiración totalmente diversa de la política de Chicago...

—Pero la política de Chicago ya terminó, ¿o no?

—Efectivamente. La presencia de Luis Escobar y de Modesto Collados, por quien siento gran aprecio personal, creo que significa un respiro para el país.

—¿Usted es estatista, profesor?

—Estatismo es una palabra ambigua; puede aplicarse tanto a un conservador tradicionalista, como a un socialista o un fascista.

Para mí, el Estado no es necesariamente burocrático —aunque, desgraciadamente, en Chile tendió a serlo por la mentalidad reglamentista del chileno—, sino que es la totalidad viviente del país. Eso no significa que el Estado sea productor —sí bien en casos excepcionales puede serlo—, pero sí que el Estado es un mediador general entre todos los intereses. En este siglo, tiene el deber especial de proteger a las capas miserables de la población.

Próximo capítulo

—Considerando la situación actual y las causas que la provocaron, ¿cuál debería ser el próximo capítulo de nuestra historia?

—El próximo capítulo de nuestra historia debería ser la recuperación de la libertad y desearía que en ese clima de libertad, Chile volviera a tener el nivel intelectual que alcanzó en el pasado. Por suerte, hay un don que nunca ha perdido en este siglo: el de la poesía y el arte.

—¿Será posible que salgamos en paz y armonía de esta etapa?

—No. Desgraciadamente, no... ¡Es-

tamos en una etapa mundial de tal inestabilidad en lo espiritual, incluso en lo religioso, en lo político, en lo económico; hay una guerra ideológica mundial... Por eso, sinceramente, no creo que la salida sea tan pacífica ni armónica como lo esperamos.

Necesidad política

—¿En qué deberían ocupar este período de receso los políticos chilenos?

—Lo esencial es que el país sienta la necesidad de la política como pensamiento y como acción. Sólo los hombres muy espirituales pueden vivir alejados de la política; pero un pueblo no puede ni debe vivir alejado de la política.

—Algunas personas se sintieron desilusionadas de la política durante el período en que hubo cierta apertura en el país y que terminó con la declaración de Estado de Sitio...

—La política moderna es necesariamente lucha y no puede ser regulada administrativamente, por ejemplo, enumerando cuántos partidos debe haber en un país.

—¿Existen, a su juicio, en Chile figuras con talento de líderes...?

—Es muy difícil saberlo cuando se vive bajo un régimen militar autoritario...

—¿La experiencia histórica muestra que cuando termina un régimen autoritario como éste surgen espontáneamente los líderes, o se requiere primero la reconstitución del tejido político destruido?

—Hay múltiples experiencias. La de España, después de Franco, la de Grecia, donde después de la dictadura de los coroneles surgió un Primer Ministro conservador; o la del terrible líder religioso del Irán tras la dictadura del Sha; la de Argentina...

Democracia y dictadura

—A la luz de la historia, ¿es esperable que, después de una dictadura, se llegue directamente a una democracia?

—Me interesa aclararle que una dictadura también puede ser democrática.

—Parecieran ser sistemas contrapuestos, más bien.

—Una dictadura también puede ser democrática, en la medida en que cuenta con la adhesión —tácita o plebiscitaria— a un jefe carismático. Pero la dictadura, aunque pueda considerarse democrática por tener apoyo popular, suprime la libertad. Cuando en Occidente se dice **democracia** se quiere decir una democracia con libertad.

—Entonces, ¿usted dice que puede haber un dictador democrático? ¿Cómo puede ser?

—Si es querido. Un dictador puede ser democrático y una democracia puede ser tiránica. Eso es filosofía política.

—¿Qué piensa usted respecto a la necesidad de construir un sistema de partidos en el país? ¿Le parece necesario o lo cree ya superado?

—Los partidos surgen, o surgirán, espontáneamente, ya que en Chile hay, desde siempre, ideologías rivales.

—¿Cree positivo para la estabilidad democrática la exclusión legal de determinadas ideologías, concretamente, del Partido Comunista?

—Creo que el comunismo, excluido o no legalmente, seguirá actuando, de modo que el problema legal es irrelevante. Y conste que pienso, como Solvenitzen —primera autoridad moral del mundo de hoy— que el comunismo es un fenómeno nuevo dentro de la malignidad. Pero lo legal es irrelevante.

—¿Cómo se lo enfrenta, entonces?

—Con las ideas. Pero, fundamentalmente, mediante una renovación espiritual que no se da hoy día en Occidente.

Contrapesos

—¿Le parece a usted que Chile es

un país en busca de caudillos, que busca gobernantes fuertes?

—Sí. Creo que en el siglo 20 la democracia, a la inversa de la aristocracia, no se siente suficientemente profunda como lo es, por ejemplo, en Inglaterra, y necesita simbolizar sus instintos en los caudillos.

—Usted ha escrito ensayos respecto al clericalismo...

—Sí, pero por favor ese tema dejémoslo fuera de la entrevista.

—¿Qué contrapeso existe para el gobierno en la situación actual?

—Ninguno, en realidad.

—¿Y las intervenciones del Papa; del Departamento de Estado...?

—No han conseguido cambios de la situación.

—¿Y qué pasa con la derecha política chilena que fue tan antimilitarista en el período de Ibáñez?

—Lo que impide la constitución del contrapeso es el temor al comunismo. Chile quedó traumatizado con la experiencia de la Unidad Popular y piensa que sólo este tipo de gobierno puede detener al comunismo.

—¿Y no es así?

—Esa es una pregunta de alcance y relevancia política —advierte en son de broma y no la contesta.

Nacionalismo

—¿Por qué Chile llegó a tener el Partido Comunista más importante del mundo occidental después de Italia y ese fenómeno no existe, prácticamente, en Argentina?

—Porque Argentina tiene un nacionalismo visceral, tanto en su clase media como obrera. Chile, en cambio, es un país más ideologizado, más racionalista, con menos instinto nacionalista. En Chile, además, existía el problema del enclave imperialista minero norteamericano donde se formó el Partido Comunista y se constituyó en una tradición. Chile no tiene ese nacionalismo boyante de la Argentina...

—Se han hecho bastantes esfuerzos por estimular ese nacionalismo últimamente...

—Pero el carácter del chileno es reactivo a eso; desde antiguo está más cerca del liberalismo. En el plano económico, se diría que ahora hay consenso en preferir una economía mixta. En el siglo 19, Chile es un país ultrapatriótico: la nacionalidad es cohesionada fundamentalmente por las guerras victoriosas; pero en el siglo XX, el país queda ligado económicamente a Estados Unidos y, territorialmente, alcanza límites que siente naturales, haciéndose indiferente a problemas de política exterior, delegando su solución en funcionarios o en las Fuerzas Armadas. De allí la sorprendente indiferencia frente a la solución del problema limítrofe con Argentina.

Clima general

—¿Le parece a usted que el chileno es alegre o triste?

—Triste. Está muy agobiado.

—¿Lo económico lo tiene tan agobiado?

—No sólo eso. El clima general del país está así.

—¿No le parece, también, un pueblo bastante abúlico, desinteresado en la cosa pública?

—Eso no es lo que pasó entre 1970 y 1973.

—¿Y qué pasa después, entre 1973 y 1984?

—Un clima de seguridad, como si se hubiera conjurado para siempre el peligro comunista. Y esa sensación de seguridad ha sido fuente de un deterioro en la conciencia cívica del chileno. El mismo sentimiento de seguridad absoluta hizo que los chilenos se apegaran totalmente al bienestar económico, perdiendo la conciencia política.

Cuando terminamos, y al repasar sus respuestas y sus no respuestas, se aventuró a agregar:

—El general Pinochet podría haber sido comparable con el general Ibáñez, pero los gobiernos de Ibáñez fueron más breves. El gran error del general Pinochet ha sido su voluntad desmesurada de durar.